

Juan Lípero no hablaba. Parecía preocupado.

—Maggi es púdica y casta —dijo de pronto—, Yo soy igual. Hasta ahora me he conservado puro como un ángel. Me casaría con ella.

Balbina había apuntado las señas muy claramente.

Llegaron en un taxi.

Era una calle amplísima con muchos almacenes y lujosas vitrinas, justo al pie de la Zona del Canal.

El edificio tenía cierto sentido como de sinagoga o de basílica antigua.

Tras oprimir el timbre, la puerta lanzó un sordo zumbido y lentamente se abrió como por arte de birlibirloque.

Subieron a un salón. Parecía clínica. Varios hombres, sentados, esperaban su turno.

Tras un lindo escritorio una mulata vestida de enfermera les cobraba a los clientes al despedirlos con tono displicente.

—No estoy enfermo, coño —dijo Juan Lípero—. Supongo que Balbina se equivocó.

—No te impacientes. —Felipe se acercó a la mulata—. Le traemos una encomienda a Maggi. Tenemos prisa. Queremos entregarla personalmente.

La mujer tocó un timbre.

Nada ocurrió.

Esperaron.

De una de las diversas puertas salió un fulano que, tras pagar su cuenta, se fue fumando, silbando, hecho unas pascuas.

Seguramente el médico acababa de anunciarle que no era cierto lo del cáncer que otro le había diagnosticado.

Por la puerta de donde había salido el hombre eufórico se asomó una manito de mujer e hizo señas.

—¿Conmigo? —se preguntó Juan Lípero tocándose.

La mano le dio a entender que sí.

Juan se alzó con su lata entre ambas manos.

Le dijo a Pipe:

—Quiero entregársela yo mismo y además devolverle su billete. —Lo sacó del bolsillo y, al mostrárselo, Pipe se lo quitó.

—No seas pendejo. Nos hará falta plata. Nos vinimos sin nada. Deja de hacerte el engreído. Llévale su corvina y acabemos. Yo siento una gazuza que me hace ver corvinas de oro. Apresúrate.

Juan Lípero dudó. Tuvo un instante de incertidumbre atroz. Finalmente, decidido a enfrentarse con su propio destino, tras entrar en el cuarto, cerró la puerta.

Quedó paralizado. Maggi estaba desnuda sobre el lecho. Sonreía simulando cierto pudor maligno.

—Perdóname, Juancito. No vayas a decírselo a Balbina.

—Yo te creía una santa.

—Soy, en cambio, una puta.

Soltó una carcajada. Se retorció en la cama. Juan dejó sobre el lecho la corvina dorada. Salió del cuarto sollozando:

—Mi María Magdalena es una zorra.

—Son diez dólares —le dijo la mulata.

—¡No he copulado!

—Déjame entrar a mí —dijo Felipe y entró de sopetón.

Desnuda y en cuclillas frente a la cama, Maggi devoraba las presas de la corvina de oro.

Recordando una anécdota que le escuchó al abuelo, Felipe desenvainó su alfanje, se acucilló tras ella y lindamente se lo hundió hasta la cacha.

Maggi tosió atorada. Los trozos de pescado, devueltos, marcaron una hilera de hitos dorados sobre la blanca sábana.

—Sigue tragando, idiota —jadeó Felipe—. Te conviene comer por ambas partes. Por arriba y por abajo.

Terminó. Se arregló. Tapó la lata.

—Ya comiste bastante. Me la llevo. Juan Chalao y yo tenemos hambre. Si no pagas la cuenta, se lo digo a Balbina.

Al salir, la mulata se disponía a cobrarle, pero él se le antepuso.

—Maggi paga la cuenta. Nos debe el viaje y una corvina de oro.

Desde el cuarto se oyó la voz de Maggi que susurraba:

—Okey.

La mágica epifanía de la sangre

—Una noche fui a visitar a un siciliano con quien había hecho migas en un curso universitario al que asistí como oyente. Bronceado como un moro y muy ducho en lides amorosas, era huésped de cierta viuda joven que estudiaba obstetricia o sea, ya ustedes saben, eso de partos y abortos. Lo envidiaba por la facilidad con la que siempre seducía a las muchachas. A mí me era difícil debido a que aún no me expresaba fluidamente en italiano. Trataba de abordarlas, pero era inútil. Se reían en mi cara, pues no lograban entenderme. Una lluvia a raudales se vino abajo en el momento en que iba a despedirme. Mi amigo Moro, como yo lo llamaba, me indicó que esa tarde había llegado a la casa una sobrina de la obstétrica, bastante joven y graciosa. Me dijo: Quédate. Beberemos una copa de vino. Jugaremos con ellas un partido de naipes mientras la lluvia escampa. Me presentó a la viuda y a la chica, Ninetta, quien, de luto riguroso por la muerte muy reciente del padre, tenía un aire romántico que se amoldaba al tinte de sus ojos como uvas y a sus cabellos rubios. Había tenido que abandonar sus clases en un colegio religioso carísimo pues la imprevista defunción del papá, intestado, dejó las cosas embrolladas. Vivían en Ladíspoli, casi a una hora de Roma, junto al mar. La madre, que era ciega, guiada por la hija, procuraba defender sus bienes de la voracidad de otros parientes y de los abogados. Sentados a una pequeña mesa, bebíamos y jugábamos. Yo, que me había situado junto a Ninetta, me aproximé lo más que pude e intenté con mi pierna un suave aporche que, para mi sorpresa, obtuvo una favorable recompensa. También se mostró anuente cuando oprimí su mano bajo la mesa. Al día siguiente le consulté a mi amigo Moro sobre el buen éxito de mi prometedora aventura. Me aconsejó ver a la madre, pedir la mano de Ninetta como novio oficial y, desde luego, solicitar su anuencia para las respectivas visitas diarias. Todo eso me pareció muy

peligroso. No, me dijo, sólo es un compromiso sin testigos ni firmas. Es como se usa. Te dejarán con ella y harás lo que te plazca. Fue así en efecto. La obstétrica pasaba el día en sus clases o en la clínica donde ella trabajaba como enfermera. La madre, que era ciega de parto como he dicho, se quedaba en la sala junto al fuego porque ése fue un invierno riguroso y hacía un frío del carajo. La señora, que era alta y bien plantada, me confiaba a la “niña” que, desde luego, no era tan inocente aunque, sí, virgen. Con Ninetta en la recámara, entre santos y ofrendas, la cita era una fiesta. Desde el primer instante me di cuenta de que mis besos ejercían sobre su ánimo como un poder hipnótico. Jamás había experimentado con otras chicas algo igual. Le hacía ver lo que yo deseaba que ella viera: caballos volando por el cuarto, globos de mil colores, ríos de sangre en los que ella se ahogaba, calaveras en traqueteantes danzas macabras, ángeles de alas blancas anunciándole el **ave gratia plena**. La poseí gozoso y diariamente me daba los grandes atracones sexuales. Mi amigo Moro me había dicho: Sé muy prudente y precavido, no vayas a preñarla, porque si ocurre, vas a tener dolores de cabeza. Y ocurrió. Ninetta me dio la triste nueva, llorosa y abatida. ¿Qué hacer? Para colmo de males, ella y la madre tenían que regresar a Ladíspoli al día siguiente. No había, pues, tiempo que perder. Toqué el asunto con el amigo siciliano. Es cosa grave, me dijo. Las leyes del fascismo castigan el aborto cruelmente. La única solución es que te cases o te largues de Italia. ¿Con qué dinero?, dije. Entonces, cástate. No creo que Sandra quiera exponer su puesto y su carrera. De todos modos, Moro le expuso el caso y sus razones. Era un dilema de alternativas ciegas. Si yo no me casaba, me encarcelaban; si ella ejercía el aborto, le tocaba un castigo severísimo. Sin embargo, me dijo, la mamá de Ninetta sufrió un colapso debido a la reciente defunción del esposo. Quedó muy delicada. Para colmo de males estaba en trance de quedar arruinada. Mi matrimonio de nada iba a servirles pues, siendo yo foráneo, la crisis me haría imposible colocarme. Para evitarle un nuevo trauma a la madre, la única solución era el aborto. Sandra aceptó que no sólo se exponía por consideración a la señora sino también y sobre todo porque era lo que deseaba Moro. Al día siguiente por la tarde, mientras Moro y yo conversábamos con la señora Alicia en la sala, Sandra, encerrada en la recámara, le practicó a Ninetta el cruel sondaje. Según me dijo ésta más tarde, le entregó unas obleas que ella debía ingerir de tiempo en tiempo. Ninetta y su mamá debían partir para Ladíspoli a prima noche, pero cuando llegué con ellas a la estación ya el tren había partido. Tuvimos que esperar casi dos horas en un café cercano. Llegó por fin la hora del viaje. Ambas abordaron el tren. Parado frente a la ventanilla, me quedé en el andén deseoso de que la máquina partiera y

hecho un fajo de nervios. Hacía un frío insoportable. Asomada a la ventana, Ninetta no hacía más que llorar. Temía perderme. La madre imaginaba que la angustia de su hija se debía a la imprevista separación. La muchedumbre que abordaba de prisa los vagones me hacía cambiar de sitio a cada instante y a veces hasta me atropellaba. Para colmo de males había por todas partes militares fascistas a quienes yo realmente les tenía pánico. La enorme locomotora comenzó a dar soplidos cuyo vapor el frío adensaba más y casi me impedía ver a mi chica que, al presentir el desplazamiento de la máquina sufrió como un ataque de histeria. No tuve más remedio que subir a calmarla. ¿Por qué no viene con nosotras?, dijo la madre. Después puede comprar el boleto sobre la marcha. Muchas personas acostumbran hacerlo. No está prohibido. En efecto, cuando, ya el tren en marcha, le dije al inspector lo del boleto, no tuvo inconveniente en venderme uno. Tan riguroso era el invierno, que había caído mucha nieve y el tren marchaba con demasiada lentitud. La estación correspondiente a Ladíspoli se hallaba a gran distancia del pueblo. Sólo tres pasajeros descendimos, Ninetta, yo y la madre. No había edificio alguno sino un pequeño techo sobre columnas y un banco de tablones para sentarse. El único hombre que ejercía las funciones de guardavía nos dijo que debido a los charcos congelados del mal camino las diligencias no se habían acercado pues el hielo hacía resbalar a los caballos. La única solución era sentarnos a esperar la mañana a la intemperie con un frío de mil diablos o hacer el viaje a pie lo cual tal vez nos tomaría dos horas y que tuviéramos cuidado con los lobos. Como ha nevado mucho, están hambrientos y son muy peligrosos. En estos días se les ha visto bajar a los caminos. Con tal augurio nos echamos a andar. Ninetta y yo conducíamos del brazo a la madre y en la otra mano llevábamos cada uno una maleta. Yo pensaba, los lobos andan en manada, si nos atacan no tendremos ni un palo. La superficie helada de los charcos se rompía a nuestro paso y salpicaba. Por ambos lados del camino sólo había nieve que afortunadamente la luna iluminaba. Un frío de muerte y una brisita gélida nos impulsaba a caminar muy de prisa, pero la ciega tropezaba a menudo. Nadie decía palabras que ni siquiera habrían podido escucharse debido a que teníamos los rostros cubiertos con bufandas. Ninetta había ingerido sus obleas respectivas en la casa de Roma, en el café de la estación Termini, en el tren y en el rústico apeadero donde el agua se la dio el guardavía. La última dosis la tomaría sin duda al llegar a su propia residencia junto al mar, pero era inútil cantar victoria pues por doquiera que extendíamos la vista sólo veíamos nieve. Para colmo de males comenzamos a escuchar a lo lejos los terribles aullidos de los lobos. Teníamos que apresurar el paso, pero el lastre de la señora Alicia dificultaba nuestra marcha. Por fortuna

comenzamos a distinguir, distantes, las luces del poblado. Ninetta no pudo reprimir un agónico alarido de júbilo. Enardecida, trataba de animar a la madre. Era preciso ganarle la partida a los lobos cuyas aullantes quejas nos llegaban según soplara el viento. Nuestra angustiosa caminata se había extendido más de lo que el guardavía calculara, pues cuando al fin llegamos a Ladíspoli no se veía ni un alma por las calles. Ninetta me asignó una recámara y, al llevarme una taza de té caliente, me dijo: Ya me tomé la última dosis. Repuse esperanzado: Yo esperaré el efecto de esa droga como la epifanía milagrosa de la estrella que guió a los Reyes Magos. Pasé toda la noche desvelado, fumando. Sólo pensaba en los fascistas, sus torturas, sus cárceles. También a Moro, que era contrario al régimen, lo apresarán y a Sandra. La joven y bondadosa viuda perdería su carrera. Sumido a veces en leves ráfagas de sueño, veía lobos feroces que desgarraban nuestra piel entre fogosos aullidos y atropellada rebatiña. Me desperté aterrado sintiendo sobre mí el peso de un lobo que me hociqueaba. Era Ninetta. Sollozaba de júbilo al besarme. Estaba eufórica. Su carne fresca hacía contraste con el fogaje de la mía. Tal era su emoción que los sollozos no la dejaban expresarse. Presintiendo el motivo de su loca alegría me vi enseguida libre de los fascistas. Algo calmada, pudo enjugar sus lágrimas y declararme al fin la buena nueva. Dijo: Ya no hay peligro. Todo sigue su curso natural. Por fortuna ya sucedió lo que deseabas, la mágica epifanía de la sangre.

III

Lucha de Jacob con el ángel

Bajo la tenue luz del otoñal crepúsculo y el humo denso que despiden los trasatlánticos, percibe difuminadamente, a través de los cristales del restaurante, la bella y pintoresca bahía.

Tenía ya varios meses de haber desembarcado en Valparaíso y aun no se hallaba en ánimos como para emprender debidamente la grave y arriesgada misión soteriológica que sus abuelos le habían encomendado.

Bastaba solamente cruzar la calle. El edificio de renegridos muros cuyo portón floreado en oro y lila Danilo oteaba de soslayo era el burdel donde su madre Rosina seguía prostituyéndose.

En repetidas ocasiones, tras haber ocupado la misma mesa contigua a la salida rezando hora tras hora, había escapado sin atreverse a entrar en el prostíbulo cuyo antro lo aterraba.

Esta noche debo intentar, de todos modos, la dura prueba de enfrentarme al demonio. Me habría agradado hacerlo con la infalible ayuda de Sant'Elmo. Por eso, aprovechando su viaje a Nápoles, resolví despedirlo con una cena creyendo que la nave partiría a media noche. Como él sabía que el hito de mi misión soteriológica era mi madre, le propuse mi anhelo de que me guiara, como Virgilio a Dante, en ese viaje al Infierno, pero hice mal mis cálculos pues el zarpe imprevisto del paquebote dejó en vilo y al filo de las lágrimas mi mejor esperanza. Mi ángel custodio voló rumbo a Pausílipo mientras yo, en cambio, prosigo aquí sentado, entre la duda y el miedo, sabiendo que solo y sin apoyo de nadie he de batirme con mi propio destino.

En respuesta a la carta que le escribí desde Pausílipo, Renato me consiguió un contrato en Valparaíso. Lisetta, al despedirme, me entregó

una misiva para Sant'Elmo y hazle saber, me dijo, que no me ciega el amor hasta el extremo de malinterpretar su sacrificio pues sé que, fiel al celibato, no me ha escrito por no hacerme sufrir.

Al arribar el trasatlántico al puerto, los gritos de la gente y el ulular de las sirenas urdieron tan infernal algarabía que, realmente, desembarqué en el muelle como atontado. Entre el tumulto de la dársena, recibí un fuerte e inesperado abrazo de Renato.

—¿Traes muchos bultos? —indagó.

—No —repuse—. Mi equipaje completo es esta maleta. Dejé todas mis cosas en Pauslipo, pues pienso regresar lo antes posible. Sólo me trae a Valparaíso una misión especial.

—¿Te envía Lisetta?

—Traigo una carta de ella.

—Entonces has venido a catequizarme a la inversa. No te envidio tu rol de Celestina.

—Dejarás de injuriarme cuando desaparezca el malentendido.

—Perdóname, Danilo. Si la palabra arcángel sigue significando mensajero, tú has caído del cielo como tal para anunciarme buenas nuevas. No es necesario que vayamos enseguida al colegio. Quiero permanecer a solas contigo un largo instante. Mientras cenamos, deseo darme un hartazgo de noticias y refrescar mis recuerdos de Pauslipo.

Aún a pesar de que la brisa helada penetraba hasta el meollo de mis huesos, preferí hacer a pie la caminata por todo el litoral con el pretexto de admirar la bahía, raro capricho que a Sant'Elmo le pareció excesivo.

—De todos modos —dijo— el restaurante no está lejos de aquí. Permíteme llevar tu maleta. Mi maletín no pesa. Está vacío. Tómalo. Después sabrás por qué motivo lo traigo sin aparente utilidad.

Danilo iba leyendo con marcada insistencia las denominaciones de las calles.

—¿Qué estás buscando?

Quiero saber cuál de éstas es la Calle del Puerto.

—Es ésa la primera pregunta que hacen los pasajeros apenas desembarcan aquí. Oficialmente no existe calle alguna con ese nombre, pero es así como la llaman. Es famosa por su abundancia de burdeles. Yo suelo frecuentar uno de ellos que, como cosa rara, se llama Tabernáculo. Es famoso. Me agrada porque en él nunca faltan preciosas chicas italianas. Precisamente nos dirigimos a un restaurante situado vis a vis al referido prostíbulo.

Poco después, sentados en un ángulo al abrigo de brumosos cristales, saboreaban dos espumosas maltas.

—Te agradará este sitio —dijo Sant'Elmo—. Se especializan en mariscos que, como sabes, son el mejor afrodisíaco. Por eso lo frecuento. Tras una buena dosis de frescas ostras, visitó el Tabernáculo. Míralo allí. Es ese antiguo edificio de la esquina. No aparenta por fuera lo que vale por dentro. Lujo fastuoso y lindas chicas. Mi real deleite. Me quito la sotana. La escondo en mi pequeño maletín y enseguida me lanzo al abordaje.

—¿Por qué se llama Tabernáculo? —preguntó con notorio desagrado Danilo.

—Dícelo tú, Donato.

El camarero, que en ese instante servía las empanadas, se echó a reír de modo malicioso y dijo con sorna:

—Porque ahí los clientes hallan taberna y culo.

—La dueña es una bella italiana —dijo Sant'Elmo.

—¿Cómo lo sabes? —indagó con marcada preocupación Danilo.

—Nunca la he visto. Es presa cara. Me han dicho que es hermosa y atractiva.

Danilo, que se sentía nervioso, creyó oportuno cambiar el tema de la charla y, al irse el camarero, le entregó a Renato la carta de Lisetta, que éste leyó con cariñosa avidez.

—Tiene razón Lisetta —dijo—. Debí haberme casado con ella y, si he de ser honesto, comportarme como debe portarse un ser humano. No puedo ser un hombre sin mi libre albedrío. Lo que hice, en cambio, fue huir como un cobarde. Si la Iglesia Católica sigue en su loco empeño de mantener el

celibato **in aeterno** profetizo su ruina irremediable. No he de esperar que eso suceda. Debo volver a Nápoles, casarme con Lisetta, vivir decentemente y encontrarme a mí mismo, porque estoy harto de tapujos y de supercherías.

Cofrades y alumnos: Brindemos por la suerte, de Renato Sant'Elmo quien por nostalgia vuelve a Nápoles o, mejor, a Pausílipo. Nuestra capellanía se ha honrado con su grata presencia durante varios meses, lapso durante el cual había logrado despertar en nosotros la estimación y el respeto que se merecen las personas de espíritu elevado. Su colaboración no solamente se ha limitado al noble oficio de regir la parroquia; también ha creado un Coro que deja en manos de Danilo. Al libar esta copa, digamos al unísono. ¡Buen viaje! ¡Salud!

—Te agradezco que hayas venido vestido de seglar —dijo Danilo—. Sé que lo has hecho porque antes de embarcarte te piensas despedir del Tabernáculo. Como ves, yo también he guardado mi sotana, pues hoy si pienso acompañarte.

—¿Por qué has traído tu maleta? Es la misma que trajiste de Nápoles. ¿Vas a embarcarte?

—Sí. Esta mañana cambié los giros enviados por mi abuela—dijo—. Ya compré mi pasaje, y me ha sobrado suficiente dinero. Vuelvo a Pausílipo contigo. Esta noche cumpliré, con tu ayuda, la misión que me trajo a Valparaíso. No me he atrevido a realizarla ni a revelártela tal vez por cobardía o por vergüenza, pero esta noche pienso llevarla a cabo y, libre de ella, podré viajar.

—Has hecho una labor estupenda en el colegio. ¿Piensas abandonar a tus alumnos?

—Quedan encaminados. Ya sembré mi semilla. Basta. Me voy.

—¿Lo haces por mí? ¿Piensas acaso seguir atado a mi sotana? Por tu bien te lo digo. Te equivocas. En Roma, en Nápoles y aquí no he hecho otra cosa que procurar forjarte un carácter; pero veo que mi esfuerzo ha sido inútil. Sigues igual de tímido y pusilánime. Desde el día que llegaste, los meses han volado, y no has tenido el coraje de enfrentarte a tu famosa misión. Tuviste escrupulo en confiármela, porque te avergonzabas, pero una carta de Lisetta me reveló el secreto. La dueña del prostíbulo, de ese famoso Tabernáculo que está ahí enfrente, es nada menos que Rosina

Salerno, **tun mamma**. Tú, ingenuamente piensas que ella se sentirá contrita al escuchar tu palabra o mi homilia y, súbito, imitando a las grandes cortesanas antiguas, quemará en una hoguera sus riquezas y, por arte de bidibirloque, quedará convertida en una santa. No seas pendejo. Avívate. Rosina no nos conviene como santa. Nos resulta más útil como puta. No puedo acompañarte al burdel porque mi barco zarpa dentro de poco (yo estaba equivocado al respecto) y apenas tengo tiempo de beberme contigo algunas maltas. Tu deber es quedarte. No para redimir a tu madre sino para alentarla a producir mucho más. Sé que, además del Tabernáculo, posee varios burdeles y tratorías. Convéncela a donar enormes sumas para el colegio. Hazle saber que muchos niños pobres de Valparaíso y de otros puertos podrían ser marineros y constructores de navíos si ella los beneficia mediante becas y más becas. Sé que estudiaste y me pagabas con el dinero remitido por ella. No te afrente que el vicio puede servir para el fomento de la cultura. Tu deber, en provecho de futuros cadetes e ingenieros, es quedarte a vivir en Valparaíso. Tu auténtica misión es vigilar y administrar los burdeles de tu mama. Funda colegios salesianos. Conviértete en un nuevo Don Bosco. Te canonizarán por defender los prostíbulos en beneficio de la enseñanza popular. Esa sirena que oyes es el anuncio de que mi barco va a zarpar dentro de poco. Prométeme regresar al colegio. Mañana devuelves tu pasaje; pero esta noche, entra al burdel y charla con tu **cara mamma**, no en plan de Jeremías ni de Pafnucio, sino de modo inteligente y en el tono cordial que necesita el verdadero vendedor de esperanzas. La Curia vende miles de indulgencias para provecho propio. Tú, en cambio, fomentarás el vicio con el único fin de donar becas. Visita a tu mamá para que inicies desde hoy la santa alianza. Desde ahora en adelante debes hacer que te respeten. Cuando llegaste de Pausílipo tenías un rostro tan seráfico y juvenil que parecías un nuevo alumno. Por eso el Superior te aconsejó que te dejaras crecer la barba y los bigotes. Ahora, con el cabello largo, tienes aspecto de Jesús. Sé que tu **mamma** se sentirá feliz cuando te vea, pues te pareces al marinero que la sedujo hace años. Vi su foto en Pausílipo. No lo dudes, Danilo. Visita a tu mamá y conságrate como el paladín de la Gran Cruzada. Tu aspecto nazareno le infundirá respeto. Prométeme volver al colegio.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Vine a decírtelo. No me has dejado hablar. Tú piensa lo que quieras de mí. Seré un idiota, pero yo, ingenuamente, sigo creyendo que Dios te